

POETAS PORTUGUESES

Encanto

No brilla el sol
ni luz ninguna
tiene la luna
donde está ella!
No hay una estrella
que brille, ante
la que es mi amante,
la que es mi amada!

La madrugada
¡cuánto no pierde!
Y el campo verde
qué mortecino!
Su voz al trino
vence del ave
que por suave
jamás la iguala!

La flor exhala
de su redoma
menos aroma
que sus cabellos.
Prendida en ellos
queda la gente;
prendida, y riente
gusta inefable!

Qué risa afable
darle Dios quiso!
Qué paraíso,
Señor, su boca!
Penetra, toca,
celos da al aire,
con su donaire
todo lo abrasa!

Por donde pasa
y a donde llega
¿quién no le ruega,
ojos avaros?
Dones muy raros,
rara dulzura
tiene su pura,
casta existencia!

Oh, qué inocencia
la que respira!...
y el alma aspira
no sé qué aroma
en cuanto asoma,
lejos, aquella
pálida estrella
que rige el mundo!

Nunca el profundo
del océano
al brazo humano
perla le brinda
tan clara y linda
como la hermosa
cándida rosa
que quiero tanto!

No sé de santo
qué hay en su gesto...
qué aire modesto

tiene, qué todo!...
Qué hay en su modo...
Lo desvanece
todo... parece
que se abre el cielo!

JOAO DE DEUS.

(Alfar, La Coruña, Trad. de
ENRIQUE DIEZ CANEDO).

El cincuentenario...

(Viene de la página 299).

que inmortalizó a Rosario. ¿Va con su
recia y negra melena al aire, los ojos
extáticos, cogido al brazo pálido de la
Muerte, regando en versos sus postrimeras
rosas de ilusión, como perlas el
municipal Jorge Villiers?

Y así en las otras facultades. Por
todas ellas vaga la sombra de Acuña.
Es la que en las noches de fiebre se
desliza en los cuartos de las «Casas de
Huéspedes» y como el hermano del
gran Alfredo, siéntase a la vera de los
jóvenes, que, el libro sobre la mesa,
ambulan por la Thulé de la quimera
y persiguen en la Selva Oscura a la
creatura bella bianco vestita del genial
gibelino. Es ella también la que en
los ágapes ruidosos de fin de curso,
llega a deshojar en las copas los mir-
tos de la alegría y a preguntar festi-
vamente:

«Y qué ¿será posible que nosotros
tanto amemos la gloria y sus honores,
el arte y sus placeres, que olvidemos
por eso los amores y más que los amo-
res, las mujeres?...»

Es el poeta de los veinte años, el
que posee todavía, a través de las
tinieblas, el sortilegio de inclinar las
cabecitas de las novias de provincia,
de las niñas ingenuas y que sucumben
a la consunción, de las que están «tris-
tes de esperar». Y es el que ayer mismo,
hizo «ennegrecer las canas» de más de
una mujer que oyó ha medio siglo su
querrela de enamorado y quizá, quizá,
el desolador «¡Adiós por la vez última,
amor de mis amores!»

Estudiante soñador: hoy que abras
el volumen del que se desprende la
inspiración del vate como el acre per-
fume de una flor letal de Oriente, dí
tu más cordial oración al espíritu
luminoso de quien todo lo trocó por
el «triste derecho de morir».

Doncellas lugareñas y vosotras, su-
cianas de hoy y púberes de ayer:
acompañad con el alma, la remem-
branza del que os encendió un lumi-
nar en la prosa de la vida.

Ningún coro será más grato al
poeta, porque lo formarán con sus
acentos lo que él simboliza: la juven-
tud y el amor!

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

(Revista de Revistas, México, D. F.)

PEQUEÑOS MOTIVOS

Amor...

ESTA mañana he sentido más honda
la nostalgia de tu ausencia, el
vacío que en mi corazón ha puesto tu
olvido...

Los pájaros, los árboles, el sol, todo
tiene un encanto triste que me hace
verme más solitario todavía...

Y he llegado hasta tu calle para verte
pasar. Sin embargo, yo sé que estás
muy lejos, lejos por la distancia, lejos
porque nos separan nuestros caracte-
res...

Sé que no estás en tu casa, poblada
de recuerdos como el follaje de ni-
dos... Y estoy en silencio, esperán-
dote, con un vago presentimiento de
tu llegada, que es sólo una ilusión de
mi mente llena de tu imagen...

Orgullo

HAS dicho que me conoces bien, que
mi carácter no tiene secretos para
ti... Pero cómo te engañas!

Si me dijeras: «perdóname, no te
comprendía, ahora conozco tu cari-
ño...» Y me mirases luego con tus
dulces ojos que siempre parecen abs-
traídos con no sé qué visión de leja-
nías, y sonriera luego tu pequeña boca,
nido de besos...

Si me llamaras otra vez con mi nom-
bre, que talvez has querido olvidar...
Si me tendieras tu mano suave, y con
ella calmaras la fiebre de las mías...

Entonces, yo, que te amo loca-
mente, con un amor hondo y sombrío,
más intenso cuanto más callado, es-
condería mi mano, desviaría mis ojos,
fingiría indiferencia, para castigar tus
desdenes pasados...

Y después, ¿lo adivinarías?—cuando
te fueras ofendida y arrogante, ya
para siempre, me sentaría en silencio
y me pondría a llorar...

Lejana

YO no sé donde estás... Como nunca
hablo de ti, no me dicen ya qué
haces ni a quién amas... Creen que te
olvidé, y jamás te nombran frente a
mí...

¿Dónde estás? ¿Para qué preguntarlo?
Estás en mi corazón y en mis recuer-
dos; estás en mi pasado, que nos une
constante, y en cada uno de mis pen-
samientos, y en cada una de mis pa-
labras...

Estás junto a mí, tal como soñé que
eras, dulce y gentil, como te conocí
una tarde lejana...

Así te amaba, así te amo siempre...
pero como nunca hablo de ti, no saben
que no pregunto dónde estás porque
siempre te tengo a mi lado...

RUBÉN YGLESIAS